

Diásporas de la pandemia



Carolina Flechas y Martín Zlotnik

Los autores integran el equipo Migraciones del Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC). En el momento de manifestarse la pandemia, ambos se encontraban transitando estancias de estudio en el exterior, y actualmente continúan sin poder regresar al país.

Resumen

En este texto se presentan experiencias cruzadas de dos estudiantes del Equipo Migraciones del CIDAC, en situación de aislamiento social preventivo y obligatorio mientras realizan estancias de estudio en el exterior, en España y México.

Palabras clave:

estudio, aislamiento, pandemia.

Día 1, Ciudad de México

Hoy viernes, 17 de marzo, me dirigí a la emblemática biblioteca de la UNAM¹ en busca de algunos libros de apoyo para las materias, y me enteré que estaba cerrada. Entonces caminé por las calles de Ciudad Universitaria y si bien es hermosa, no hay un alma, me siento inseguro. Mi paseo queda frustrado y decido volver a mi departamento alquilado en el barrio de Copilco.² Pienso que no queda más que esperar noticias de la facultad. Las espero con ansias.

1. Universidad Nacional Autónoma de México.

2. Copilco es un barrio de la Ciudad de México, ubicado cerca de la ciudad universitaria.

Día 1, Madrid

Pasaron ya algunos días desde que se decretó el estado de emergencia y desde ese día no me había atrevido a trasladar mis pensamientos al papel. El embate mental fue serio. Nadie vio venir el sacudón.

Hace una semana estaba caminando por el Manzanares,³ y quién iba a decir que unos días después no podríamos ni asomarnos a la ventana. Los números, desnaturalizados, como un simple uno más uno, muestran que las personas muertas van en aumento. Todos los días hay cientos más; pero sean uno, o cientos, o miles, siguen siendo números. Me angustia.

3. El Manzanares es el río que atraviesa la ciudad de Madrid.

Día 5, Ciudad de México

A la espera de que el virus se empiece a manifestar en México. En todos los noticieros se habla sobre Europa, continente lejano y estandarte del pensamiento occidental, atacada y devastada por el virus. Se insta a un confinamiento y al domo de la virtualidad. No tan lejos, cruzando la “frontera”, llegan noticias del país del norte, también atacado. Con un poco de *delay*,⁴ llegan noticias del país donde fui criado, ¡Argentina! Hablo con mi familia, y gran parte de ellos me piden que vuelva... a una Argentina ya confinada.

4. *Delay* en español significa “retraso”.

Día 10 del aislamiento social, Ciudad de México

El virus y el confinamiento son algo inminente que avanza por todo el mundo, país por país, burlando las fronteras. Mientras tanto, la pantalla de mi computadora sigue prendida. El ciberespacio se presenta como el espacio más legítimo para explorar: ¿una digitalización de los espacios cotidianos? Me pregunto ¿qué pasará con aquellos que no tienen acceso a una computadora o a Internet? ¿Qué andará pasando con la gente con quien compartimos y creamos talleres de extensión en el barrio de Bajo Flores? ¿Qué redes comunitarias estarán pudiendo trazar? ¿Cómo haremos trabajos en territorios? ¿Qué pasará con la antropología? ¿Cómo evitar el fantasma de la antropología de escritorio? ¿Qué rol nos toca a nosotros como estudiantes, futuros profesionales? ¿Nos tendremos que preparar para nuevos escenarios como éstos?

Como estudiante y futuro antropólogo, pienso que tengo el privilegio de poder pensar y reflexionar sobre todo esto desde mi lugar “seguro” y cómodo. La pandemia me encuentra en el extranjero, en México. Sin embargo, no cuento con mis redes cotidianas de contención, socialización, conocimiento, etcétera. Esos lugares conocidos, cotidianos y familiares. De esta manera, me veo obligado a tender nuevas redes, insertándome en nuevas comunidades, las que tengo a mi alcance en un territorio ajeno, con calles ajenas, nombres ajenos, comidas ajenas, y acentos ajenos.

Estando en otro país, el contexto mundial actual nos invita a un mini ejercicio antropológico clásico: exotizar lo cotidiano y cotidianizar lo exótico, desde nuestros pequeños territorios que nos han tocado en el extranjero.

A veces, para no desesperarme, pienso en mi experiencia como una especie de míticas Trobriands posmodernas.⁵

5. Las islas Trobriand se encuentran en Papúa Nueva Guinea, es allí donde Malinowsky, padre de las ciencias antropológicas, fundó las bases de trabajo de campo y observación participante de la disciplina.

Día 15, Madrid

Soy el sueño de Bolívar. Soy de todas partes y de ninguna, que para efectos poéticos y líricos viene bien, pero no tanto así para los benditos vuelos de repatriación, que ya me sacaron una cana.⁶ Fue así como mi espíritu liberal descreyente de los Estados comenzó a pedir a gritos —con cacerolas de acero inoxidable incluidas— a un presidente que firmara un decreto en alguna oficina con olor a café. Pocas veces ansié tanto poder decir, rasgándome las vestiduras, que quiero volver a mi casa. El problema es que ahora no poseo ninguna. Dejé de leer. El desasosiego es más grande y mi cuarto, sin luz que me calibre las neuronas, no ayuda demasiado. Por eso, y también por la idea de sacudir las telarañas de mi cabeza, intento escribir.

6. La autora Carolina Flechas posee doble nacionalidad y, por eso, la complejidad de poder subir a los vuelos de repatriación.

Día 15, Ciudad de México

Es martes y acabo de terminar una clase virtual, siento que por momentos ver la cara del profesor y de algunos estudiantes me da una sensación de contención. Lo bueno es que podemos seguir debatiendo de temas que nos convocan desde muchos puntos de la ciudad, desde nuestra hiperconectividad. De a ratos, se horizontalizan las relaciones cuando se intenta sobre la marcha, entre todos, resolver algún inconveniente virtual de la nueva modalidad.

El vínculo virtual, empero, no reemplaza el presencial; me siento ajeno dentro de esta nueva dinámica. Las formas de intervención cambiaron, la relación con el profesor también se ve modificada, el trato, el acompañamiento, la atención, la presencia y las corporalidades son distintas. Por momentos, se vuelve un “aprende por tu propia cuenta”. Hoy se me cortó Internet cuando quería hacer una pregunta. Mis palabras chocaron y rebotaron contra la ventana hacia el mundo.

Día 30 y los que vienen, da igual en donde estés

Pasó ya un mes. Enciendo la computadora. Google sigue ahí, como si ahora fuese lo único certero. Nos diluimos en este espacio binario, con los ojos cansados por la luz artificial. El otro día, no tuve Internet y tuve la sensación de estar en la periferia, fuera de los márgenes de la sociedad digital actual, porque sin conexión no se es, al menos en este momento.

Pensé en que esta situación es más común de lo que creemos. Millones de personas transitan sus vidas y fluyen en otros espacios y temporalidades, ajenas a nuestras reuniones de Zoom. Porque este sistema continúa reproduciendo lo que ya estaba allá afuera. Aquí adentro no somos diferentes, sino que el capitalismo voraz deglute y pone la mano sobre todo lo que encuentra. La desigualdad ahora tiene un @.

Los autores

Carolina Flechas

Estudiante de Ciencias de la Comunicación y Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires. Miembro del grupo Migraciones del CIDAC desde 2018. Actualmente es becaria en la Universidad Complutense de Madrid.

Martin Zlotnik

Estudiante de Ciencias Antropológicas, con orientación sociocultural, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del equipo de Migraciones y Políticas Lingüísticas del CIDAC. Actualmente realiza una estancia de intercambio en la Universidad Nacional Autónoma de México.